

la jaula, arrancaron la bandera é intimaron á la vieja á que se pusiera en medio de ellos.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y obedeció sin proferir una sílaba.

No obstante, los rapazuelos, alegres y desenfrenados en torno suyo, la ensordecían con sus clamores y sus silbidos, y uno de ellos, el mayor, que sabía algunas injurias en francés, la perseguía con ese inexplicable encarnizamiento de la infancia, tan buena cuando es buena, y tan cruel cuando es cruel.

La egipcia soportó al principio aquella afrenta con ademán de desdén; pero de pronto, saliendo de entre los estupefactos soldados y avanzando tres pasos á través de los muchachos, dijo al mayor con su voz de osifraga, extendiendo el brazo:

—*¡Mira tu horca!*

Y permaneció en esa actitud algunos instantes.

Aun no me había fijado en la alta estatura de aquella mujer. Vestida de negro, flaca, pálida, erguida entre aquellos niños y con el brazo extendido, era la propia figura de una horca viviente.

Los soldados volvieron á asirla, los muchachos multiplicaron sus risas y su gritería, y un minuto después había desaparecido, junto con los demás, tras la esquina de la casa.

IV

POR EL CAMINO DE AIX LES BAINS

24 de septiembre, á las 7 de la mañana.

A lo lejos, en las ásperas y verdes cimas del Jura, los lechos amarillos de los torrentes secos dibujaban por todas partes YY.

¿Habéis observado cuán pintoresca es la Y y cuán innúmeros son sus significados? El árbol es una Y; la convergencia de dos carreteras es una Y; la confluencia de dos ríos es una Y; una cabeza de borrico ó de buey es una Y; una copa sobre su pie es una Y; un lirio sobre su tallo es una Y; un hombre suplicante que levante los brazos es una Y.

Por lo demás, esa observación puede extenderse á todo lo que constituye elementalmente la escritura humana. Todo cuanto hay en la lengua demótica ha sido vertido por la lengua hierática. El jeroglífico es la razón necesaria del carácter. Todas las letras fueron primeramente signos, y todos los signos fueron primeramente imágenes.

La sociedad humana, el mundo, el hombre entero

están en el alfabeto. La albañilería, la astronomía, la filosofía, todas las ciencias tienen en él su punto de partida, imperceptible, pero real; y así debe de ser. El alfabeto es un manantial.

A, es el techo, el caballete con su travesaño, el arco, *arx*; ó es el encuentro de dos amigos que se abrazan y se dan la mano; D, es la espalda; B, es la D sobre la D, la espalda sobre la espalda, la joroba; C, es la media luna; E, es el basamento, el pie derecho, la repisa y la cornisa, el arquitrabe, toda la arquitectura del techo en una sola letra; F, es la horca, el tridente, *furca*; G, es el corazón; H, es la fachada del edificio con sus dos torres; I, es la máquina de guerra que lanza el proyectil; J, es el arado y es el cuerno de la abundancia; K, es el ángulo de reflexión igual al ángulo de incidencia, una de las claves de la geometría; L, es la pierna y el pie; M, es la montaña ó es el campo, las tiendas de campaña apareadas; N, es la puerta cerrada con su barra diagonal; O, es el sol; P, es el faquín de pie con su carga al hombro; Q, es la grupa con la cola; R, es el descanso, el faquín apoyado en su bastón; S, es la serpiente; T, es el martillo; U, es la urna; V, es el vaso (de ahí proviene que se las confunda con frecuencia); ya acabo de decir lo que es la Y; X, son las espadas cruzadas, es el combate; ¿quién será el vencedor? Se ignora; por eso los herméticos tomaron la X por el signo del destino, los algebristas por el signo de lo desconocido; Z, es el rayo, es Dios.

De modo que primero viene la casa del hombre y su arquitectura; luego, el cuerpo del hombre, y su estructura y sus deformidades; luego la justicia, la música, la iglesia; la guerra, la mies, la geometría; la montaña; la vida nómada, la vida claustral; la astronomía; el trabajo y el descanso; el caballo y la serpiente; el martillo y la urna, que pueden invertirse y

pintarse y se hace la campana; los árboles, los ríos, los caminos, y, por fin, el destino y Dios: ved lo que contiene el alfabeto.

Puede ser también que, para algunos de esos misteriosos constructores de las lenguas que edifican las bases de la memoria humana y que la memoria humana olvida, la A, la E, la F, la H, la I, la K, la L, la M, la N, la T, la V, la Y, la X y la Z no fuesen otra cosa que las varias nervaduras del andamiaje del templo.

GINEBRA

Aix les Bains, 24 de septiembre.

Ya estoy en Aix les Bains. Bajo presurosamente hacia el mediodía. En Suiza hace un tiempo horroso. Varias carreteras hacia el Norte están interceptadas.

Estuve en Lausana anteayer, Adela mía, y pensé mucho en ti. Apenas si habíamos entrevisto Lausana, ¿te acuerdas?, iluminada por la luna en 1825. La iglesia, aun cuando es bella, queda por debajo de la idea que me había formado. Aquella noche, por rara casualidad, precisamente volvió á brillar la luna y vi otra vez la iglesia tan bella como en 1825. La luna es la encubridora de las tonterías de los arquitectos. La catedral de Lausana tiene mucha necesidad de su luna.

Ginebra ha perdido mucho y ¡ay! cree haber ganado mucho. La calle de las Cúpulas ha sido demolida. La vieja hilera de casas carcomidas, que daba á la ciudad una perspectiva tan pintoresca sobre el lago, ha desaparecido. Ha sido substituída por un blanco

muelle, adornado por una larga serie de grandes caserones blancos que esos buenos ginebrinos toman por palacios. Ginebra, de quince años á esta parte, ha sido igualada, raspada, nivelada, limpiada y podada de tal suerte, que, á excepción del cerro de San Pedro y de los puentes sobre el Ródano, no queda ya una sola casa antigua. Ahora Ginebra es una llanura rodeada de jorobas.

Pero ya pueden hacer lo que quieran para embellecer su ciudad; como no podrán jamás raspar el Saleve, revocar el monte Blanco ni enjabelgar el Lemán, estoy tranquilo.

Nada más antipático que esos pequeños París abortados que se encuentran ahora en las provincias de Francia y de fuera de Francia. Créese llegar á una ciudad antigua con sus torres, sus fachadas esculpidas, sus calles históricas, sus campanarios góticos ó románicos, y se encuentra una falsa calle de Rívoli, una falsa Magdalena que parece la fachada del teatro Bobino, ó una falsa columna Vendôme que tiene todo el aspecto de una columna anunciadora.

El provinciano pretende hacer admirar esto al parisiense; el parisiense encoge los hombros y el provinciano se ofende. Así me he indispuerto con toda la Bretaña, así me indispondré también con Ginebra.

Ginebra no deja de ser por ello una ciudad admirablemente situada, en donde hay abundancia de mujeres bonitas, algunas notables inteligencias y muchos lindos rapazuelos jugando bajo los árboles á orilla del lago. Con esto ya se le puede perdonar su pequeño gobierno inepto, ridículo y enredón, su mezquina y grotesca revisión de los pasaportes, sus tiendas de falsificaciones, sus muelles nuevos, su isla de San Jacobo calzada con un zueco de piedra, su calle de Rívoli, y su amarillo y su blanco, y su yeso y su cal.

No obstante, si esto dura un poco más, Ginebra se convertirá en una ciudad fastidiosa.

Ayer se celebraba una fiesta, un *ensuizamiento*, como ellos dicen. Sacáronse á relucir los mejores trapitos. Todo el mundo hablaba ginebrino. Yo había perdido la llave del reloj, y me fué imposible encontrar un relojero que trabajase. Ginebra estaba desconocida. La gente se paseaba por el lago, á pesar de las secas; algunos pilluelos jugaban por las orillas y los paseantes pisoteaban el césped de los ribazos.

Yo me reía; pero no me reía por dentro. Paseábame solitario en aquella ciudad donde me había paseado contigo catorce años atrás. Estaba triste y lleno de bondadosos y tiernos pensamientos, de los que tal vez te hubieras sentido dichosa, Adela mía.

Desde Basilea hasta más allá de Lausana viajé con una familia suiza excelente y simpática. Seis personas. El padre es un anciano distinguido, literato, amable, lleno de útiles consejos, que me recordó á tu padre. La hija mayor es una viudita agradable (por el estilo de madama François). Como deseaba ver Chillon, le ofrecí el brazo y ella aceptó; el hermano mayor, un entusiasta y aprovechado estudiante, fué de la partida, y los tres hicimos la expedición al castillo. En Coppet la familia suiza se despidió de mí. Y la echo mucho de menos.

Pero lo que más echo de menos eres tú, sois todos vosotros, mis seres queridos; antes de un mes volveré á veros. Mi viaje es de trabajo, sin cuya circunstancia lo abreviaría. Tengo mucha necesidad de abrazaros á todos. Os quiero á todos.

Y, bien entendido, sin exceptuar á mi querido Vacquerie.

1843

—
PIRINEOS